

todos mis fondos, hizo una qu.ebra fraudulenta, y se fugó llevándose todo lo que me pertenecía, dejándome solo con los vestidos que tenia puestos. ¿Qué habia de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad? Bertier, con quien contraje amistad desde que me establecí en Paris, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Durante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos, virtuoso Palemon; y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscrecion de participaros mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habéis concedido, recuerdo mis pasadas desgracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha de que ha tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia: tú que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion, y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, no te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos que heredan las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que os hace legitimos, pues faltando el agradecimiento no existirian en el mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour; los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los habia entretenido; le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.

TARDE XL

LOS ESPADACHINES

Ceñir espada es honroso
Y por la patria blandirla;
Pero es mejor no ceñirla;
Si no es con fin decoroso.
Quimerista quisquilloso,
Espadachin insensato,
Que á cada necio arrebato
Á cualquiera osas retar,
Mira no llegues á dar
Con la horma de tu zapato

La lectura del manuscrito causó una profunda impresion en los ánimos de los jóvenes, que acostumbrados hasta entónces á oír hablar de modelos de virtud y probidad, veian un monstruo execrable en la persona de madama Herbert. ¡Qué mujer tan perversa! exclamó Adela; aunque desde la primera escena de la ermita de San Leonardo se presenta de carácter altivo y dominante, no era creíble un conjunto de tan bárbaras atrocidades. — Bien se podría hacer de ellas un drama, dijo Leon. — ¿Y qué hombre de sano juicio, replicó Julio, se ocuparía de una obra tan inútil y perniciosa? La atrocidad del cuadro haria que ningun espectador viese en él su retrato, y serviria quizá para que algunos perversos estudiasen los medios de llevar á cabo sus deseos criminales; porque para esas almas obcecadas en la maldad, de

nada les sirve el ver de qué modo la Providencia vela por los inocentes y castiga al que delinque. Sírvanos á nosotros de salu-
dable ejemplo para huir de entes tan abominables, y no tratemos
de presentar en el teatro tan horrorosos espectáculos.

Era en el momento de distraccion despues de la comida, cuando
pasaba esta escena en casa de Palemon; solo estaban presentes
á ella Adela, Julio, Leon y Enriqueta, pues los ancianos descansa-
ban y Armando habia salido de la quinta á no sé qué encargo
de su padre. Poco despues volvió acompañado de un caballero ya
de cerca de sesenta años, robusto y al parecer extranjero, pero
de mal color, como asustado; y su modo de andar trabajoso, y
apoyado en el brazo de Armando indicaba que sufría los efectos
de algun inesperado accidente: despues que el jóven le hizo entrar
en la casa, mandó se le suministrasen algunos socorros. Dispuso
que los criados saliesen á recoger su cabalgadura y la encerrasen
en el establo, y fué á dar cuenta á Palemon de como al tiempo de
regresar de su mandado, habia visto que espantada la caballería
que montaba el forastero, le habia arrojado al suelo; que habia él
acudido al instante á socorrerle, y aunque se enteró de que no
habia sufrido mas que algunas contusiones, no obstante le habia
rogado pasase á la granja, donde podria descansar y reponerse lo
restante del dia.

Palemon aplaudió la benéfica accion de su hijo, pues la hos-
pitalidad es una de las virtudes mas recomendables que pueden
ejercerse, y nunca es perdido el bien que el hombre hace á sus
semejantes. Pasó el virtuoso anciano á ver á su huésped, á quien
suministró cuantos auxilios exigia su estado, y á fuerza de ins-
tancias logró que consintiese en admitir su hospedaje al ménos
por aquella noche. Esta ocurrencia proporcionó á nuestros jóve-
nes la presencia de un nuevo contertulio, al cual dió cuenta Pa-
lemon del objeto instructivo de aquellas reuniones vespertinas,
y le rogó que si su historia contenia tal vez algunos útiles ejem-
plos de enseñanza, tuviese la bondad de referírsela. Las vicisitu-
des de mi vida, contestó el caballero, bien poco ofrecen de nota-
ble; os las referiré no obstante, aunque pasando en silencio, si
no creéis que en ello falto á la confianza que me inspiráis, el
nombre de mi familia y el del pueblecito en que fui educado
oidme pues.

Historia del caballero ***.

Nací en Lóndres, de una familia de la primera nobleza, pero á
quien los acontecimientos políticos obligaron á expatriarse y mo-
rir pobres en lejanas tierras. Inclinado desde mi infancia al cul-
tivo de las letras, llegué á formarme una posicion ventajosa, sin
sufrir mas contratiempos en mi juventud que la cruel persecucion
que contra mí dirigió una vieja ridícula, la cual se empeñó en
que la amase, y por sus tramas estuve á pique de ser víctima jun-
tamente con una prima de mas edad que yo, á quien amaba por
habernos criado juntos desde la infancia, y solo pudimos librar-
nos por un especial favor de la divina Providencia. (Al oír esto
Mr. Delacour y Enriqueta se miraron como por una especie de
presentimiento.)

Habiendo recuperado algunos bienes patrimoniales de consi-
deracion, y puesto ya en estado de soportar las cargas del matri-
monio, le contraí con una hermosa jóven á quien amaba hacia
tiempo; solo tenia entónces veinte años; durante otros diez, dis-
fruté de la mayor felicidad con mi querida esposa, con solo el
sentimiento de no tener familia; á los veinte y ocho años habia
abandonado la literatura, y dedicádome al comercio, lo que me
proporcionó la satisfaccion de ver aumentado mi capital hasta
mas de 100,000 libras esterlinas (cerca de diez millones de reales).
Una enfermedad aguda me arrebató en breves dias á mi Amelia,
y quedé tan desconsolado, que ni el comercio, ni la poesia á cuyo
recuerdo acudí en mi dolor, fueron bastantes á librarme del te-
dio que de mí se habia apoderado. De este modo trascurrieron
cerca de cuatro años. Pasaba un dia por James Square, y distraido
miré á la tienda de un mercader y vi en ella una hermosa jóven
de las mismas facciones, la misma sonrisa, el mismo talle, la
misma estatura que Amelia; pero tenia 16 años ménos. Prendado
de aquella semejanza, no pude ménos de acercarme al mostra-
dor, hice algunas compras y observé que hasta en la modulacion
de la voz se asemejaba á mi difunta esposa.

Durante seis meses pude dominar, aunque no vencer, la pasion
que por aquella jóven concebí; pero no pude permanecer mas
tiempo en situacion tan angustiosa. Fui de nuevo á la tienda, mas
no estaba allí la jóven; miéntras que el hermano me presentaba
los géneros que le pedí, le pregunté si su hermana se habia ca-
sado. — No, señor, me respondió, pero se casará muy pronto,

porque tiene cuatro ó cinco pretendientes y mañana habrá de elegir al que mas le agrada. — ¡Cielos! ¡mañana!... El jóven quedó admirado al oír esta exclamacion, y yo continué: Pues, amigo mio, el único partido digno de su hermana de Vd. soy yo. Tambien estoy dedicado al comercio; mi capital pasa de cien mil libras esterlinas, y el acierto en las operaciones le acrecienta de dia en dia; mi edad ademas me pone á cubierto de las locuras de la primera juventud. ¿Dónde está vuestro padre? Deseo hablarle.

El hermano de Jenny quedó estupefacto al oír tan repentina é inesperada resolucion; entró un instante despues el padre, y en tono medio irónico le dijo: Padre mio, aquí está este caballero que quiere hoy mismo casarse con mi hermana.

Desprecié sus burlonas palabras, el padre le mandó callar, y yo repetí al anciano mi proposicion, el estado de mi fortuna y asuntos de que se enteró muy despacio, porque era hombre naturalmente calmoso; por fin me contestó: — Ante todo tendréis entendido que nada puedo dar á mi hija, que mi comercio no es de los mas felices, y lo que tengo lo necesito para mi hijo y para mí. — Ni pido ni deseo otra cosa que la mano y el corazon de vuestra hija. — Pues entónces no es difícil que nos entendamos.

Llamó á su hija, la cual manifestó que se hallaba enteramente libre y que le era indiferente cualquier partido que se le propusiera. — Pues entónces de aquí á dos dias te casarás con este caballero; un dia basta para informarme, y si lo que dice es cierto, es el mejor partido que puedes desear. Entre tanto, dí á Margarita que ponga un cubierto mas en la mesa; y vos, caballero, nos haréis el honor de acompañarnos á comer.

Durante la comida pude observar que la impresion que habia causado en la jóven no me era desfavorable; su hermano, al contrario, se deshacia en alusiones sarcásticas que el padre con sus severas miradas no podia contener, pero que yo, que conocia su valor, sabia despreciar. Terminada la comida di las señas de mi casa y establecimiento, y me retiré.

Pasé la noche bastante agitado; y apenas desperté por la mañana veo entrar en mi cuarto un jóven con sombrero calado y espada debajo del brazo invitándome con expresiones altivas á que saliese con él á batirme. — ¿Y por qué? le dije, qué causa... — Eso allá lo sabréis. — No os conozco... — Ni hace falta. — Aun estábamos en esta porfia cuando recibo un billete citándome para de allí á média hora en Hide-Park... Poco despues se presenta

otro espadachin, y un momento mas tarde llega otro nuevo, todos porfiando por batirse conmigo, aunque ninguno decia el porqué... Les dije, que pues era yo el desafiado, tocábame á mí elegir hora y lugar; pero ellos erre que erre en que habia de ser al momento.

En esta porfia estábamos cuando llegó el padre de Jenny y les dirigió una mirada entre serena y despreciativa que les hizo retirar al punto.

El anciano me dijo que estos y el autor del billete eran los amantes de su hija, pero que no me diese cuidado, toda vez que yo era el preferido; no me sirvió de placer esta noticia, y conociendo que la intencion de los trastuelos era asustarme y burlarse de mí, me propuse escarmentar al primero que se me presentase. No tuve que esperar la ocasion por mucho tiempo, pues retirándome de casa de mi novia aquella misma noche, encontré al primero que se habia presentado en mi cuarto, le llevé á pesar suyo á una calle excusada, y á los primeros encuentros cayó en tierra desarmado: la herida que recibió fué en el brazo derecho, y si no mortal, al ménos bastó para imposibilitarle de empuñar la espada en toda su vida, para infundir un poco mas de juicio en los cerebros de sus compañeros, y para hacer mas circunspecto al hermano de Jenny, que desde entónces se abstuvo de usar alusiones picantes.

Por fin casé con Jenny, la cual se asemejó á Amelia en virtudes y cariño tanto como en hermosura y gentileza: vivimos cerca de veinte años en la mayor felicidad, sin mas contratiempo que el de desgraciarse cuantos hijos tuvimos; hasta que hace cuatro meses fué Jenny acometida de una violenta pulmonía que en pocos dias la llevó al sepulcro. Viéndome yo solo, en edad avanzada y sin parientes, he reducido mis bienes á metálico, dejado el comercio y despedido mis criados; y me dirijo á Paris donde mi prima Belly tuvo una hija casada con un comerciante, para pasar en compañía de sus nietos mis últimos dias, y despues hacerlos herederos de mis bienes.

¿Luego sois Enrique Ercester? interrumpió Delacour. — Seguramente. Y vos, caballero, quién sois que así me conocéis? — Delacour, el esposo de Belly Clarins, hija de vuestra prima. — ¡Dios sea bendito! exclamó el inglés tendiendo á Delacour los brazos, y en qué buena hora permitió que mi caballo me arrojase al suelo! Enriqueta se acercó respetuosa á besar la mano á su pariente, y Palemon y sus hijos le rogaron no variase los planes

de Mr. Delacour; el inglés prometió no solamente no variarlos, sino comprar alguna hacienda en las inmediaciones luego que realizara las letras que traía sobre París, y traer á su compañía á los demás hijos de Delacour, para de este modo vivir todos en una misma comarca. Los muchachos dieron las gracias á sir Enrique y á Mr. Delacour, y Armando vió en esta promesa el premio de su buena obra.

TARDE XLI

EL RIGOR

Si la templada indulgencia
Moralmente es saludable,
No es nada recomendable
La necia condescendencia;
La apática indiferencia
En el castigo es error,
Que á veces grave dolor
Suele á los padres costar;
Preferible es castigar
Con mesurado rigor.

El siguiente día era festivo, y Palemon dijo á sus hijos que irían á comer bajo los sauces en la llanura de los tres molinos, y para mejor disfrutar del día partirían temprano. Esta noticia causó la más viva alegría en los jóvenes. Adela y Enriqueta, que ya se complacían en agradar y querían ostentar un poquito de coquetería, se retiraron á su cuarto á adornarse, lo que les valió algunos cumplidos de Julio y Armando por su buen gusto. Leon entre tanto se divertía en componer una égloga ó cosa parecida, y el padre lo observaba todo con el mayor placer. Tampoco Marcela había estado demas: reunió las provisiones que ya de antemano tenía preparadas y las colocó en las aguaderas que un manso asnillo tenía sobre sus lomos. Dispuesto todo, se pusieron en marcha: en cuanto al orden de esta ya se sabe: Marcela montada en